

La muerte del cardenal

Tembloroso de la emoción, aunque *la Rana* decía que era por una descompensación de azúcar, narró su versión del día en que dio muerte al cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo. Repasó con la mirada aquellas caras ansiosas de historias y después se volteó hacia el lienzo donde trataba de plasmar unos cisnes que nadaban en un lago rodeado de árboles verdes y soñolientos. Sin quitar la mirada del óleo, empezó a hablar.

—Ése fue el día más terrible de mi vida. Amaneció como amanece aquí: con un sol que apenas si se quería asomar. Yo me pasé la noche pensando en los detalles de la operación. Los muchachos estaban nerviosos. Nunca había visto tanta inquietud en sus rostros. Por disciplina les ordené que no hubiera alcohol ni drogas esa noche. Todos estaban lúcidos. Les pedí que revisaran sus armas, que se perrecharan bien y se encomendaran al santo de su devoción. Yo hice una oración a san Judas Tadeo, que nunca me ha dejado solo. Seguramente la preocupación se me veía en el rostro, porque se me acercó *el Boricua*.

”—¿Qué, comandante, otra vez navegando en el mar de los recuerdos? —me preguntó el puertorriqueño—. Le he dicho que a ese océano no se meta, porque uno termina por ahogarse.

”—Sólo estaba masticando algunas cosas. ¿Ya está lista la gente para el trabajo? —le contesté con desgano.

”—Ya están listos los muchachos. Usted ordene y comienzo a mandarlos. Que se vayan de uno en uno, para no llamar la atención.

—Sí, díles que se vayan aventajando, de uno en uno, en autos distintos. Que lleguen al estacionamiento del aeropuerto y procedan con la formación.”

A *la Rana*, que seguía sin quitar la mirada de su pintura, se le entrecortaba la respiración. Hacía un gran esfuerzo por sacar de sus recuerdos aquellas escenas, que estaban sepultadas desde hacía años. Las pausas en su narración cada vez eran más prolongadas. Su audiencia estaba alerta, como a la espera de las primeras detonaciones. Pero eran sus palabras, sólidas y pausadas, las que nos sacaban del suspenso:

—Llegué al estacionamiento del aeropuerto apenas pasadas las ocho de la mañana.

Sin que Rodríguez Bañuelos se enterara, en aquel lugar también fueron citados Ramón y Benjamín Arellano Félix, a los que un emisario del procurador Jorge Carpizo les prometió un encuentro con *el Chapo* Guzmán. Era una propuesta del gobierno federal para que los grupos rivales tuvieran un acercamiento, con el propósito de sentarse después a dialogar para poner fin a su guerra. El enviado de Carpizo fue Rodolfo León Aragón, *el Chino*, que entonces era director de la Policía Judicial Federal, al que el sistema nunca abandonó, llegando a encumbrarlo como alcalde del municipio de Salina Cruz, Oaxaca, en las elecciones de 2016. A él se le había encomendado hacer los contactos para que todos coincidieran en el mismo sitio y a la misma hora. El objetivo era poner las bases de una eventual confusión entre los cárteles, que resultara en la muerte del cardenal Posadas Ocampo.

Y es que, de acuerdo con informes del Cisen, el cardenal fue ubicado por el gobierno federal como el agente que estaba introduciendo armas en el sur del país, apoyando de esa forma al Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). El secretario de Gobernación, Patrocinio González Garrido, informó de esa versión al presidente Salinas de Gortari.

Desde la federación se tomó la decisión de hablar con el prelado, pero el cardenal se negó tres veces a acudir a citas con el jefe de la oficina de la Presidencia de la República, José Córdoba Montoya.

A la cuarta ocasión que fue convocado, Posadas Ocampo asistió sólo para decirle personalmente al funcionario que no tenía interés en dialogar con el presidente sobre la imputación que se le hacía. Entonces ocurrió el incidente del que dieron cuenta algunos periódicos: en un arrebato Córdoba Montoya empujó y amenazó al prelado.

Una versión de ese ríspido encuentro la daría a conocer años después José Antonio Ortega Sánchez, el abogado que contrató el Arzobispado de Guadalajara como visor de las averiguaciones sobre el asesinato del cardenal. Ortega Sánchez ventiló públicamente que Posadas Ocampo despertó la ira del personero del presidente Salinas cuando tuvo la osadía de mencionar en aquella oficina la posibilidad de que bandas de narcotraficantes de Colombia, Bolivia y Perú tuvieran nexos con Raúl Salinas de Gortari. Eso provocó la escena: el encolerizado Córdoba Montoya tomó por la solapa al cardenal, y se afirma que lo abofeteó y lo sacó a empujones del edificio oficial.

Las hipótesis son muchas, pero el desenlace es el mismo. La reacción del Estado fue la de siempre: violenta y directa. En alguna parte de la estructura del gobierno federal se decretó la muerte del cardenal. Se buscó al mejor de los gatilleros y se diseñó el escenario idóneo para presentarlo a la opinión pública con detalles verosímiles: el fuego cruzado, una confusión entre pistoleros de los dos cárteles de las drogas más importantes del momento: el de Tijuana y el de Sinaloa. Por eso fueron citados en el lugar los jefes de ambas organizaciones, que llegaron con la intención de negociar la paz.

En el estacionamiento del aeropuerto de Guadalajara, minutos antes del asesinato del cardenal, estaban presentes los hermanos Arellano Félix con algunos de sus pistoleros, y el grupo del *Chapo* se movilizaba entre los vehículos estacionados, como a la espera de alguien. Los dos grupos de narcos fueron a la cita convocada por Rodolfo León Aragón, el operador del procurador Carpizo, pero sin atenerse a la seguridad ofrecida por el gobierno federal.

Rodríguez Bañuelos pudo observar la presencia de pistoleros de los hermanos Arellano Félix y del *Chapo*. A muchos de ellos los conocía perfectamente. Con la mayoría de ellos había hecho tratos y

negocios en más de una ocasión y otros habían estado bajo sus órdenes en algún momento. Primero sospechó que el general le había enviado un refuerzo no anunciado para que cumpliera con mayor eficiencia el encargo, pero aun así no se dejó ver ni permitió que los integrantes de su grupo descendieran de las camionetas, donde esperaban la llegada del cardenal.

Desde lejos reconoció la presencia de varios hombres, entre ellos Guzmán Loera. Entonces entendió que no se trataba de ningún apoyo para su misión. Intentó no distraerse con ese detalle; estaba dispuesto a cumplir eficientemente la tarea encomendada, y si hacerlo implicaba matar al *Chapo*, sin duda alguna lo haría.

“No iba a dejar que mi reputación de sicario quedara por los suelos. Estaba dispuesto a cumplir con el objetivo que me había encargado el general.”

Por el radio alertó a sus hombres de la presencia de Guzmán y ordenó evitar una confrontación con su grupo, a menos que se interpusiera con el objetivo. Lo que no cuadraba en su lógica era la presencia de pistoleros de los Arellano Félix; eso lo tenía más desconcertado, pues en cuanto aquellos sicarios lo vieran se rompería el trato que tenía con Ramón Arellano, del que seguía siendo jefe de escoltas.

Rodríguez Bañuelos se había disculpado con Ramón desde hacía una semana. Le dijo que tenía un compromiso personal en San Diego, donde iba durante unos días para atender un asunto ajeno al cártel; supuestamente era un negocio de armas, la oportunidad para ganar unos dólares. Ramón le tenía confianza y no dudó de él, después de todo era el encargado de su seguridad personal. Sin mayor problema le autorizó la ausencia, no sin antes pedirle que le organizara las guardias en tanto regresaba. *La Rana* fue quien le designó a cada uno de los hombres que en ese momento se estaban moviendo de manera sigilosa en el ya muy lleno estacionamiento del aeropuerto de Guadalajara.

Ninguno de los ejecutores conocía la hora de llegada del cardenal, excepto Rodolfo León Aragón, a quien la Secretaría de

Gobernación había informado que Posadas Ocampo iría a recibir al nuncio apostólico Prigione, que se disponía a realizar una gira de trabajo por Jalisco.

Rodríguez Bañuelos se mantuvo alerta y dejó que transcurrieran las horas. A veces se bajaba de su camioneta para observar mejor el entorno. Los sicarios del *Chapo* Guzmán se perdieron de vista, mientras los de los Arellano Félix permanecían nerviosos en sus vehículos. La mañana transcurrió en una tensa espera. Todos, desde sus posiciones, observaron el arribo de dos vehículos de la PGR con hombres armados. En los grupos de los hermanos Arellano Félix y del *Chapo* Guzmán se supuso que era la fuerza que el gobierno federal enviaba para garantizar que el encuentro promovido entre los cárteles se llevara a cabo con la seguridad prometida. *La Rana* volvió a dudar si se trataba de un grupo de apoyo para cubrirle la salida cuando cumpliera la misión.

A las 15:30, tras una espera de casi siete horas, sonó el teléfono de *la Rana*. Era la voz del comandante Rodolfo León Aragón, quien le avisaba de la llegada del objetivo. El sicario no dijo nada, cortó la comunicación y alertó a sus hombres. Enseguida el Grand Marquis blanco del cardenal entró despacio entre los cajones del estacionamiento y se detuvo a casi 100 metros de donde se encontraba *la Rana*. Nadie bajó del auto. El cardenal tuvo tiempo de tomar dos veces el teléfono. Parecía tranquilo.

Concentrado en sus pensamientos, Rodríguez Bañuelos se bajó por enésima ocasión de su camioneta y sus hombres hicieron lo mismo. Se desplegaron en forma de abanico hacia el auto de Posadas Ocampo, todos con rifles de asalto AK-47. Al frente iba Rodríguez Bañuelos y con él avanzaban Juan Francisco Murillo Díaz, *el Güero Jaibo*; Édgar Nicolás Mariscal Rábago, *el Negro*, y Jesús Alberto Bayardo Robles, *el Gori*. No tenían en la mira otro objetivo que al cardenal, quien hablaba con su chofer.

A menos de cinco metros del automóvil, los cuatro ejecutores vaciaron sus armas. Sabían a quién estaban asesinando. Nunca hubo confusión sobre la identidad de su víctima.

“Cuando apreté el gatillo, durante segundos interminables vi la mirada del cardenal —contó *la Rana* sin despegar la vista del cuadro que seguía pintando como por inercia—. Sentí su mirada como si me perdonara lo que estaba haciendo.”

En el comedor del módulo ocho reinaba el silencio. Se podía escuchar cómo la mano temblorosa de Rodríguez Bañuelos arrastraba el pincel sobre el lienzo. En los ojos de los presentes se notaba el ansia por el desenlace, aunque era conocido. *La Rana* detuvo las pinceladas y meneó la cabeza. Se molestó porque el blanco con que intentaba rellenar los escuálidos cisnes que nadaban en el lago azul se le había desbordado. Volvió a mirar a los presentes, se acomodó los pesados lentes que ya se le habían escurrido hasta la mitad de la nariz, tomó aliento y se metió otra vez en su pintura y en su narración: “Luego todo fue adrenalina. Sabía que estaba disparando el arma sólo por el zangoloteo de las manos. Pude sentir cada uno de los impactos que le aseté al cardenal. Todo sucedió en menos de 30 segundos”.

La confusión y los gritos de los transeúntes lo hicieron reaccionar. Aún humeaban los cañones de los rifles de asalto y sentía el cosquilleo en sus manos cuando ordenó al *Gori* que verificara la muerte del cardenal. Bayardo Robles caminó como en cámara lenta hasta el costado del auto y vio el cuerpo inerte del prelado, que se inclinaba hacia su costado izquierdo. No le bastó ver la sangre que salía a borbotones; recargó el arma y roció otra ráfaga en el cadáver, a menos de un metro.

Sobre la cabeza de los sicarios se escucharon zumbidos de bala. Desde alguna parte del estacionamiento del aeropuerto, los sicarios de los hermanos Arellano Félix y los del *Chapo*, cada grupo parapetado en sus posiciones, comenzaron a disparar. Las ráfagas contra el cardenal hicieron explotar la tensión acumulada en las horas de espera. Los dos grupos cubrían la huida de sus jefes. Los Arellano Félix buscaron la seguridad del interior del aeropuerto, mientras que *el Chapo* se retiró por tierra.

Hubo balas perdidas por todos lados. Aquel 24 de mayo de 1993, aproximadamente a las 15:45 horas, en el estacionamiento del aero-

puerto de Guadalajara, perdieron la vida otros inocentes. Por los tiros de cualquiera de los tres bandos que disparaban para cubrir su escape, quedaron tendidos en el suelo Pedro Pérez Hernández, Juan Manuel Vega Rodríguez, Francisca Rodríguez Cabrera, Ramón Flores Flores y José Rosario Beltrán Medina. Al chofer del cardenal, Martín Alejandro Aceves Rivas, lo alcanzaron las balas del grupo de *la Rana*. Lo único que tenían en común fue que estuvieron en el lugar y la hora que el Estado mexicano marcó para asesinar al cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo.

El grupo de sicarios de Rodríguez Bañuelos salió a toda prisa del estacionamiento, metros atrás del comando que resguardaba al *Chapo* Guzmán. Huyeron al menos en cinco camionetas robadas, como lo habían planeado. En la confusión de la retirada, Bayardo Robles se quedó solo y los agentes de la PGR lo detuvieron. Fue presentado como uno de los asesinos materiales del prelado.

“Luego vino lo que todos sabemos —dijo *la Rana* un poco aliviado de la tensión—: el procurador Carpizo salió a explicar que la muerte del cardenal fue el resultado de una confusión. Según él, dos bandas de narcotraficantes se habían enfrentado en el aeropuerto y como consecuencia del fuego cruzado perdieron la vida el prelado y seis personas más. La captura de Jesús Alberto Bayardo Robles, *el Gori*, fue providencial para el gobierno. Era la mejor prueba para demostrar la hipótesis que difundió el procurador. Se dijo que *el Gori* estaba bajo el influjo de las drogas, pero no fue así.”

Cuando *la Rana* terminó de contar la historia sobre el asesinato del cardenal, se notaba exhausto. Dos bostezos seguidos y la mirada clavada en su interminable pintura delataban que se había desprendido de un gran peso. Después calló. Los presos que lo escuchaban entendieron y comenzaron a retirarse. Como si fuera un funeral, uno a uno se acercó a *la Rana* para agradecerle la narración con el tono de un pésame. Unos le tocaron el hombro, otros le dieron un toque con el puño cerrado en la barbilla. Los más discretos se marcharon con el consabido “ánimo”, que expresaba todo el cariño que un preso puede tener por uno de sus iguales.

A la distancia, la historia de Rodríguez Bañuelos se concatena a la perfección con el dictamen del doctor Mario Rivas Souza, el médico forense de Jalisco que se hizo cargo de las investigaciones periciales del caso. Fue el primero en refutar la tesis del procurador Carpizo McGregor sobre el fuego cruzado, pues Rivas Souza aseguró que las balas que mataron al cardenal fueron disparadas en forma “directísima y a corta distancia”.

En un hotel en San Diego, adonde fue a refugiarse, Rodríguez Bañuelos se enteró de la confrontación mediática entre la Iglesia y el gobierno federal. Le daba risa, contó, escuchar cómo Carpizo intentaba sostener a toda costa su versión. Pero las pruebas que divulgó el doctor Rivas Souza obligaron al procurador a presentar otra hipótesis sobre el crimen cuando la del fuego cruzado ya era insostenible. Carpizo tuvo que decir que Posadas Ocampo y su chofer, Martín Alejandro Aceves, fueron confundidos con el narcotraficante Joaquín *el Chapo* Guzmán y uno de sus escoltas, pues los gatilleros de los hermanos Arellano Félix sabían que el sinaloense llegaría en un vehículo similar al del cardenal y se confundieron.

Pero lo que se supo en la cárcel de Puente Grande fue que ninguno de los detenidos declaró conocer el vehículo en el que viajaba *el Chapo* Guzmán, y menos que fuera similar al que utilizaba con frecuencia Posadas Ocampo. Lo mismo sostuvo la comisión especial del Congreso de Jalisco que dio seguimiento a las investigaciones del asesinato, la cual estableció que “nunca fueron identificadas las armas del homicidio” ni las personas que dispararon contra las víctimas. Además, se perdieron algunas pruebas periciales, lo cual se atribuyó a los agentes de la PGR que estuvieron en el lugar de los hechos. Asimismo se perdió el pectoral del cardenal Posadas y algunas insignias de agentes federales que portaba el grupo de Rodríguez Bañuelos quedaron tiradas en la escena del crimen. Tampoco aparecieron las grabaciones de las cámaras de vigilancia que cubrían el estacionamiento del aeropuerto.

La Rana sólo movía la cabeza cuando en el patio del módulo ocho los reos sacaban sus propias conclusiones sobre la forma en que

el gobierno intentó validar su versión. De alguna forma avalaba lo expuesto por la comisión del Congreso de Jalisco, la cual cuestionó la ineficiencia de la PGR para detener a los hermanos Benjamín y Ramón Arellano Félix cuando se refugiaron en el aeropuerto y algunos de sus escoltas entraron a la terminal con armas largas.

“A mí me da mucha risa, compita —me confió días después Rodríguez Bañuelos—, cómo el gobierno manipuló todo para sus propios intereses.”

Para colmo, el general Gutiérrez Rebollo, que protegía a los hermanos Arellano Félix, Amado Carrillo y Joaquín Guzmán Loera, estuvo a cargo de la investigación de los homicidios. A él le correspondió llevar a cabo detenciones, declaraciones y cateos, todo lo cual puso a disposición de la PGR y de la Procuraduría General de Justicia del Estado de Jalisco.

Rodríguez Bañuelos no volvió a tocar el tema. Argumentó que el caso daba miedo porque había muchos intereses detrás de aquel asesinato, aunque en el fondo se sentía orgulloso de que el gobierno le hubiera encomendado esa tarea.

“Es una forma de recibir el reconocimiento como el mejor gallinero de toda la historia de México. Es como si el gobierno me hubiera dado un certificado de ser el mejor”, expresó.

No obstante, después de muchos años y encerrado en el presidio federal de Puente Grande, *la Rana* no se sentía seguro. Su vida pendía siempre de un hilo. Casi todos los presos de ese penal creen que su existencia es como una moneda en el aire, pero *la Rana* sentía que la suya valía menos que la de cualquier otro preso. Sabía que en cualquier momento, aun entre los muros de la cárcel, podía amanecer muerto en caso de que se volviera incómodo para algún capo o un funcionario.

“Aquí lo más fácil es morir. ¿Qué le cuesta al gobierno envenenarme con la comida? ¿O simplemente cambiarme el medicamento?”, razonaba.

Por eso era meticuloso. Antes de ingerir su comida la revisaba detenidamente, como si pudiera descubrir el eventual veneno. Veía al

cocinero a los ojos. Intentaba deducir que se había ordenado oficialmente su asesinato a partir de un gesto o una mirada extraños del que le servía los alimentos. En el comedor olfateaba, probaba su ración de a poquito y volteaba a todos lados antes de sentarse a la mesa. Hasta que se convencía de la falta de indicios de un atentado, masticaba despacio. Buscaba conciliar el instinto de conservación con aquella hambre carcelaria que lo impulsaba a devorar su ración en un santiamén.

Cada vez que recibía su dotación de medicinas, la que invariablemente se hacía tres veces diarias y poco antes de los alimentos, *la Rana* miraba con recelo las pastillas que la enfermera le entregaba en su mano. Clavaba sus gruesos lentes sobre la palma de la mano e intentaba descubrir si esas píldoras eran del mismo color y tamaño que las que recibía anteriormente. Dudaba antes de llevárselas a la boca y, a veces, antes de engullirlas las tocaba con la lengua y las paseaba por su boca. No le quitaba la mirada de encima a la enfermera. Se convirtió en un experto en identificar las pastillas sólo por su sabor. Decía que el medicamento para controlar su hipertensión sabía a vinagre, que las píldoras para el dolor de la artritis tenían un sabor a pimienta fermentada y que las de la gastritis sabían a limón con vainilla.

Siempre alerta, a veces *la Rana* se levantaba de su cama a mitad de la noche sólo para revisar que en el aire no navegara ningún olor extraño. Como ex policía conocía las técnicas del crimen. Era un perro de caza olfateando todo a su alrededor. Cuidaba que nadie lo tocara. Sabía de muchos casos en que sólo fue suficiente un toque a la piel para transferir un veneno. Por eso mantenía la distancia con los demás reclusos: se sabía el mejor de los asesinos y evitaba la cercanía con los que simplemente eran asesinos peligrosos. Nunca estrechó la mano de otro criminal.

“Soy el mejor gatillero de la historia de México —presumía—, pero también soy el que más ama la vida, especialmente la mía.”

La Rana era uno de los presos más afables. A todos los sentenciados del módulo ocho les dispensaba, con cierta distancia de por medio, una plática colorida. Al que nunca lo vi acercarse fue a Oliverio Chávez Araujo, *el Zar de la Cocaína*, que el 17 de mayo de 1991 encabezó un

motín en la cárcel de Matamoros que duró 13 días y del que resultaron 35 reos muertos y 50 heridos, como resultado de una disputa por el control del penal. Los hombres de Chávez Araujo masacraron al grupo que desde el exterior manejaba el capo Juan García Ábrego.

La Rana me comentó que no se le acercaba al *Zar de la Cocaína* no porque le temiera a él, sino porque estaba seguro, conociéndose, que la plática podía convertirse en un desencuentro, y él buscaba llevar su cana de la mejor manera posible. La aspiración de Rodríguez Bañuelos era tener una muerte natural.

“Mi vida sólo le pertenece a Dios —me dijo— y es el único que me la puede quitar. Mi obligación es cuidarme, no por mí mismo, sino por la obediencia que le debo a Dios. Lo único que tengo es mi vida y eso es lo que debo entregarle en su momento.”

Estaba convencido de que existía una hora predestinada para su muerte y su obligación era llegar con plenitud a ese momento.

“El día que me sorprenda la muerte como un llamado de Dios —filosofaba— quiero que me encuentre bien vivo.”